

Carlos Casares Mouriño

HEMINGWAY Y EL MAR DE GALICIA

20 de junio de 1996



D. CARLOS CASARES MOURIÑO.

ORENSANO. LICENCIADO EN FILOSOFÍA Y LETRAS (FILOLOGÍA ROMÁNICA). DIRECTOR DE LA EDITORIAL GALAXIA (VIGO). PRESIDENTE DO CONSELLO DA CULTURA GALEGA. CATEDRÁTICO DE FRANCÉS EN UN INSTITUTO DE BACHILLERATO.

OBTUVO LOS PREMIOS «OTERO PEDRAYO», «XUNTA DE GALICIA, A LA CREACIÓN LITERARIA», «CRÍTICA ESPAÑOLA» Y «CRÍTICA GALLEGA».

ESCRITOR EN LENGUA GALLEGA: *VENTO FERIDO*, *A GALIÑA AZUL*, *CAMBIO EN TRES*, QUE ES SU PRIMERA NOVELA, *XOQUETES PARA UN TEMPO PROHIBIDO*, *OS ESCUROS SOÑOS DE CLÍO*, *ILUSTRÍSIMA*, *OS MORTOS DE AQUEL VERÁN* Y *DEUS SENTADO NUN SILLÓN AZUL*, TAMBIÉN TRADUCIDO AL CASTELLANO.

ESCRITOR DE ESTILO SENCILLO, DIRECTO, NARRATIVO, PERIODÍSTICO. EN SU OBRA PRIMA LA NARRACIÓN SOBRE EL DIÁLOGO. COLUMNISTA A DIARIO EN *LA VOZ DE GALICIA*, BAJO EL TÍTULO DE «A MARXE». ALGUIEN LO DEFINIÓ COMO «O MELLOR NARRADOR ORAL DO ESTADO».

En primer lugar quiero agradecer la oportunidad que me ofrecen de hablar en esta prestigiosa Cátedra, agradecer la presencia de todos ustedes y las cariñosas palabras que me acaba de dedicar el presentador.

El título de la conferencia tal vez les va a decepcionar un poco, porque lo que voy a decir de Hemingway y Galicia les va a sonar a poco. Para las personas que tengan ahora más de 45 años, Hemingway es una figura literaria muy directamente relacionada con España y con la cultura española, con el fenómeno de los toros. Para la gente joven, Hemingway será simplemente un escritor, autor de relatos breves, Premio Nobel, pero ya tal vez el mundo de aquel Hemingway que aparecía en las barreras de las plazas de toros, especialmente en Pamplona, en los Sanfermines, se habrá ido definitivamente.

Para mí, Hemingway además de un gran escritor, por el que sentí siempre una gran admiración, en parte porque Hemingway tenía una idea de la literatura que se aproxima mucho a la que yo tengo, es un escritor sencillo, un escritor claro, conciso, valores que a mí me inculcaron desde niño algunos profesores que tuve la suerte de tener en mi época de estudiante de bachillerato. Pero además, leyendo de este escritor hace muchísimos años una obra, encontré una referencia a Galicia en un relato breve que me sorprendió. Yo no sabía que Hemingway hubiera tenido ningún tipo de relación con Galicia. Pero de hecho, la referencia en este cuento, del que voy a hablar a continuación, era tan clara, explícita y detallada, que supuse que aquello no se podía deber a ningún tipo de casualidad, pues indicaba que Hemingway había tenido mucha relación con Galicia.

Las referencias son muy precisas, y pertenecen a alguien que se ha movido en el ámbito de la cultura española en general, pero que conoce detalles que se refieren también a la gallega. Se trata del cuento titulado *La capital del mundo*, en el que habla del mundo que a él le apasionó, que es

el mundo de los toros. Es un cuento que transcurre en una pensión madrileña, la pensión Luarca, muy próxima a la puerta del Sol. En esa pensión, aparte de los hechos que allí ocurren, trágicos, relacionados con la vida de dos muchachos, camareros, uno de ellos aspirante a torero, aparte de eso hay en el ambiente del cuento un dato curioso, que es la presencia de dos sacerdotes gallegos, sentados en una mesa en el comedor de la pensión, y que hablan entre ellos. Vamos a ver las partes que se refieren a los sacerdotes gallegos y luego haremos algún comentario:

«Aquella noche, todos habían salido del comedor, excepto el picador de cara de gavlán, que bebía demasiado, el subastador de relojes en las exposiciones regionales y fiestas de España, que también era aficionado a empujar el codo, y dos sacerdotes gallegos que estaban sentados en un rincón y bebían, si no demasiado, por lo menos bastante. Los dos curas no se fijaron en el picador, pues conversaban animadamente. Uno de ellos decía: Hace diez días que estoy aquí esperando verle, pues paso el día entero en la antesala y no quiere recibirme (en ningún momento se dice quién no quiere recibirle, pero da a entender que se trata de alguna autoridad). ¿Qué hay que hacer entonces?, pregunta el otro sacerdote. Nada, qué puede hacer uno, no se puede ir en contra de la autoridad, dice el sacerdote. He estado aquí dos semanas –replica el otro– y nada, espero que no quieren verme. Y vuelve a decir el otro sacerdote: Venimos de la tierra abandonada, cuando se acabe el dinero, podemos volver. Y vuelve a decir el compañero: ¿A la tierra abandonada? ¿Qué le importa a Madrid Galicia? Somos una región pobre. Dice el otro: uno comprende lo de nuestro hermano Basilio. Yo no estoy seguro de la honradez de Basilio Álvarez, dice el otro. En Madrid es donde uno aprende a comprender las cosas. Madrid mata a España, dice el sacerdote. Si por lo menos lo atendiesen a uno aunque fuese para darle una respuesta negativa. No, tiene uno que esperar hasta cansarse y desfallecer. Pues bien, ya veremos, puedo esperar como hacen otros».

La referencia tiene sobre todo, de interés, la alusión a Basilio Álvarez. Muchos sabrán que fue un sacerdote gallego, muy radical políticamente,

organizador en Galicia de lo que se llamaban «Los movimientos agrarios», y que llegó a las Cortes en los años 20 y en los años 30. Fue además fundador de un periódico, *El Debate*, que posteriormente se convirtió en el diario *Ya*.

Era una persona dotada de una extraordinaria inteligencia, y muy popular en España hasta la guerra. Yo no lo conocí, pero sí mi madre, a la que oí contar un día una anécdota estremecedora, que denota muy bien la personalidad de Don Basilio, que fue siempre un hombre de fe, a pesar de que fue un sacerdote muy poco ejemplar en otras cuestiones.

En una ocasión mi madre asistió a un mitin de Don Basilio en un teatro de Orense, que estaba prácticamente lleno de campesinos de los alrededores. No recuerdo el motivo por el cual se organizaba el mitin, pero mi madre recordaba perfectamente una frase que dijo: «Si los caciques en su insolencia siguen pisando vuestros derechos, matadlos, que os absuelve este cura».

Pues bien, a mi abuelo le oí contar lo siguiente, advierto que mi abuelo pertenecía a aquella organización que se llamaba «Los caciques», enfrentada a la de «Los agrarios», que eran los de Don Basilio. Digo esto porque lo que voy a contar puede tener algo de pasión política de mi abuelo en el intento de denigrar a un enemigo que era Don Basilio. En una ocasión, en un mitin público, también de campesinos, un secretario de Don Basilio iba apuntando a lápiz en un papelito las reivindicaciones de los campesinos, que eran allí más de mil, pues el cura era un gran movilizador de masas. A cada reivindicación que hacían, Don Basilio se dirigía al secretario y le decía: «Anota ahí». Mi abuelo dijo que él tuvo el papel con las reivindicaciones de los campesinos guardado durante muchos años, porque lo había encontrado tirado en la carretera media hora después de finalizar el mitin. Digo esto haciendo la salvedad anterior, y en todo caso, sea o no cierto, es verdad que Don Basilio, tal como insinúa uno de los sacerdotes del relato de Hemingway, «no estoy muy seguro de la honradez de nuestro hermano Basilio».

Hemingway tuvo que conocer personalmente a Basilio Álvarez, y sólo así se explica que ponga en boca del sacerdote del cuento esa duda sobre la honradez de Don Basilio, el hermano Basilio, como él dice.

No volví a encontrar, después de esto, más referencias en la obra de Hemingway, más que de pasada, a Galicia, pero en una ocasión visité la casa de Hemingway, que está en una aldea de un pueblecito próximo a Chicago, que se llama Oak Park. Al lado de su casa natal, a doscientos metros, se abrió hace quince o veinte años un museo dedicado al escritor. En ese museo me encontré un libro en el que se recogían, prácticamente, las cartas más importantes que Hemingway escribió desde su juventud hasta su muerte. Cartas que empiezan en el año 18, cuando él está en Italia, ya al final de la Primera Guerra Mundial, en la que era corresponsal de guerra, y terminan hacia el final de sus días. Hemingway murió en 1961, y hay cartas publicadas en 1960, a pesar de que por entonces era víctima de depresiones frecuentes y había abandonado prácticamente la literatura.

Yo abrí allí, en el mismo museo, el volumen de esa correspondencia, y quiso el azar que en la página que abrí había una carta fechada en Santiago de Compostela, una carta larga que le escribía a un amigo de Estados Unidos. En ella le decía que le contestase a Santiago de Compostela, al Hotel Suizo, hotel que ya no existe, pero he averiguado que estaba en lo que hoy es la Plaza de la Universidad. Dicho hotel fue su lugar de residencia habitual en Santiago, donde recibía la correspondencia. Dicha carta, larga, con referencias a Galicia, me picó la curiosidad, porque, de pronto, recordé el cuento que acabo de leer en fragmento, y pensé que se confirmaba mi vieja idea de que Hemingway había tenido relación con Galicia o con gallegos.

Pregunté si había posibilidad de adquirir el libro, que estaba agotado hace muchos años, o si podía fotocopiarlo de alguna manera, y me dijeron que allí no. Bueno, me quedaba la esperanza de que algún amigo americano me hiciera una copia, pero de vuelta a Nueva York, la suerte quiso que allí encontrara este libro. Lo adquirí y vine leyendo en el avión con auténtica pasión, porque efectivamente allí estaba la confirmación de que Hemingway había estado muchas veces en Galicia, no sólo en Santiago, sino también en La Coruña, Orense, Vigo y Noya. Además, en estas cartas, los elogios que hace a Galicia son constantes. Por ejemplo, en una carta que escribe a John Dos Passos, escritor y compañero de él de generación, le dice que vaya a Galicia, que vaya por mar, por barco, que desembarque

en Vigo, que en Vigo tome un taxi y se traslade a Santiago, pero que antes se desvíe a Noya, lugar que te va a gustar muchísimo –dice.

Y a otros amigos, escritores y no escritores, siempre que les habla de Galicia, les hace recomendaciones, siempre la de visitar Santiago de Compostela. En una carta llega a decir que Santiago de Compostela es para él la ciudad más hermosa que ha visto jamás. La visita con mucha frecuencia. Incluso en la biografía de Hemingway, escrita por una de sus esposas, hace referencia constante a la devoción que Hemingway tenía por Santiago, devoción que luego veremos se extiende a aspectos de tipo simbólico.

En esta colección de cartas se ve claramente que el primer contacto que tuvo con España es a través de Galicia. En el año 21 viene a Europa, donde ya había estado, Italia, 1918, en que había sido herido siendo corresponsal de guerra, y le había quedado la ilusión de volver a Europa. Vino en un barco que se llamaba «Leopoldine», y llegó a Vigo en diciembre de 1921. En el viaje, cuenta en alguna de las cartas que escribe a bordo durante la travesía, hace esgrima y boxeo con algunos pasajeros, sirviendo además de intérprete entre ellos con lo que él llamaba «mi lengua franca-latina». Nunca supo nadie que Hemingway pudiera hablar latín, más bien debía llamarle así al poco italiano que había aprendido en su estancia en Italia durante la guerra. Pero lo más interesante es que llega a Vigo, y de su estancia tenemos varias referencias.

Existen cartas en el citado volumen. Yo he visto tres, por lo menos, y tenemos además una crónica que envía al *Toronto Star*, periódico de Toronto del que había conseguido una credencial para enviar trabajos. La primera crónica la envía al llegar a Vigo. La ciudad le impresiona por varios motivos. Primero, porque las montañas llegan hasta el mar, y le parecen grandes dinosaurios dormidos. Por otra parte, en el trayecto que hace el «Leopoldine» dentro de la ría, para atracar en el puerto, en ese trayecto descubre que la ría está surcada por muchos veleros de pescadores, que se afanan en una lucha tremenda por pescar enormes atunes. Describe los saltos de los atunes en el aire, sobre el mar, que son de color azulado, brillante, y sobre todo, lo que le llama la atención es la lucha de los pescadores por cobrar las piezas. Le impresiona de tal manera, que él dice que éste es el héroe que anda buscando desde hace tiempo. Hemingway es un

hombre que cultiva una especie de culto a la naturaleza y a la naturalidad, tanto en la literatura como en sus devociones y en sus admiraciones humanas. El indio fue siempre para él el elemento que encarna la pureza de la naturaleza, pero también la fuerza física, que es algo que le fascina desde niño. El culto al boxeo, por ejemplo, que él practicaba probablemente por el hecho de haber sido tratado como niña por su madre, que se empeñó en vestirlo de niña hasta que fue mayorcito, siempre con vestidos de color rosa, siempre con lacitos en la cabeza. Esto hacía que sus hermanas y otros niños se rieran de él, y como reacción a este trato, desarrolló un culto a la fuerza física, y a lo que él llamaba el machismo, que reivindicaba como una manera de ser noble, no con el sentido peyorativo que hoy puede tener.

El indio americano representa el culto a la fuerza física que él le da. Dice que desde que había visto a los indios, cuando su padre lo llevaba a cazar y pescar, no había vuelto a encontrarse con nadie que encarnase esos valores, a no ser los pescadores que él había visto luchando contra los enormes peces en la ría de Vigo.

Desembarca en la ciudad y se encuentra además que, en este culto a la naturaleza, a la fuerza y al machismo, el alcohol es para él un valor positivo en esta época. Estamos en la época de la prohibición en Estados Unidos, y encuentra que en Vigo por muy pocos centavos puede comprar litros de vino.

En las horas que pasa en Vigo bebe mucho vino. Se admira de la hermosura de las calles estrechas de la parte vieja de la ciudad, aunque dice que la iglesia es horrenda. Debe de referirse a la Colegiata. A Sher Wood Anderson le escribe una carta y le dice: «Vigo es una ciudad ideal para vivir un macho (en este sentido que le da a la palabra macho)».

Luego, se va de Vigo rumbo a Francia. En el mar escribe varias cartas, que despachará desde París, pero que fecha una a la altura del Cabo Finisterre, y en la que sigue hablando de dinosaurios dormidos a la orilla del mar que le parecen las montañas. Y sigue deshaciéndose en elogios de los pescadores y sus luchas titánicas.

Llega a París, se instala, pero siente un desprecio enorme por todo lo francés. Francia no le gusta. Nunca le gustará. Ni le gustará París, a pesar de que fue uno de los lugares donde más tiempo residió en su vida. París le

parecía el centro de una civilización artificial. Allí, él cree que España es lo que acaba de ver en la ría de Vigo, que toda España es así. Incluso la ría le recuerda su tierra natal, con sus lagos. Entonces decide que quiere regresar a España, pero antes va a viajar por Europa, y la descripción y la valoración que va haciendo de cada país es siempre muy negativa. De la Selva Negra, en Alemania, dice que no hay selva, que sus valles cultivados parecen cromos, y que no hay más que turistas ridículos vestidos de calzón corto, con una siere de cacerolas colgadas al cinto, que hacen un ruido espantoso.

Tampoco Suiza le gusta, y menos los suizos. Italia, de la que guardaba gratísimos recuerdos, cuando llega ahora, le horroriza también. Entrevista a Mussolini, para el *Toronto Star*, y le parece un payaso. Esa Italia ya no es la que había abandonado durante la guerra. La guerra tiene para él algo positivo: en ella se fraguan las grandes heroicidades. Ahora, ya no hay héroes, ni el amor que había tenido durante la guerra. De ahí, tal vez, su visión negativa. Un día se detiene en Rapallo para visitar al poeta Erza Pound, y allí, en un bar de la ciudad, mantiene una conversación con un poeta de Boston llamado O'Brien, con el que discute sobre el sentido de la heroicidad. Hemingway le dice que aspira a que su literatura sea la literatura del héroe. O'Brien le contesta que porqué no regresa a Chicago, y que haga una literatura sobre los indios, lo que Hemingway rechaza diciéndole que eso sería una literatura etnográfica y folklórica. Sigue pensando en el viejo pescador gallego. Hay que suponer algo de exageración en la idea de Hemingway, pues no es fácil imaginar que fuese tan titánica la lucha con el atún en la ría de Vigo.

El caso es que este mito lo ha creado, y quiere llevarlo a la literatura. El poeta O'Brien le dice entonces que porqué no va a España.

Decide volver a España, pasando por París, donde trata con Picasso, Miró y con la escritora americana, residente en París, Gertrude Stein. Hablan del mito del héroe moderno, y lo convencen de que ese héroe que busca es el torero, y no el pescador gallego. Y lo animan a que vaya a comprobarlo.

Desde ese momento Hemingway comienza a escribir sobre toros, aunque todavía no ha visto una corrida de toros. La imagen que él tiene es puramente literaria. Escribe unas prosas sobre toros, infames. Describe la

sangre, tripas de caballo al aire, desplantes del torero. Todo escasamente creíble, porque nunca ha visto una corrida.

Picasso le habla del toro y su relación con la mitología cretense. Le produce una gran emoción y a partir de este momento la relación de Hemingway con España va a ser a través de los toros, relación compleja, rica, nada esquemática.

En *Muerte en la tarde*, que no es una novela ni un cuento, sino, un libro de reflexión sobre el mundo de los toros, pero con una visión de España rica en matices, él se pregunta quiénes son los españoles, pues los ve muy diferentes unos de otros. A unos les gustan los toros y a otros no. Unos tienen un sentido trágico de la vida y otros tienen un sentido lúdico de la vida. Dice que sólo se puede amar la vida como lo hacen algunos españoles, si se tiene muy presente la muerte. Esto lo ve muy bien simbolizado en el mundo de los toros. El español ama la vida porque conoce y tiene siempre muy presente la muerte. El horizonte siempre presente de la muerte le lleva a gozar de la vida. Este esquema está perfectamente establecido en las corridas de toros.

Pero dice que no todos los españoles tienen el mismo sentido de la muerte. Para otros la vida no es un juego, sino una lucha constante por la supervivencia, y aquí vuelve a evocar la imagen de los pescadores gallegos. Él no se imagina a los pescadores gallegos como gente que tiene una idea lúdica de la vida. Y aquí yo creo que la intuición de Hemingway es extremadamente aguda. Efectivamente, el pueblo gallego no tiene un gran sentido lúdico de la vida, sino tal vez un sentido trágico de la vida, porque él piensa que así como el torero juega con la vida, el pescador se juega la vida, tratando de buscar su alimento, la supervivencia. El torero, sentido lúdico de la vida. El pescador, sentido trágico de la vida.

Esto indica que Hemingway era una persona extraordinariamente aguda, que conocía muy bien la realidad española, con todos sus matices. Siempre creyó que España era plural, no sólo geográficamente, sino también desde el punto de vista psicológico y cultural. Se pasó la vida buscando al español verdadero de todos los que él conocía. Descartaba al andaluz. Lo buscaba en el navarro, cuyos valores vio en la primera fiesta de los Sanfermines a la que asistió. Fuerza, machismo, eso lo vio encarnado en Navarra. También en el mundo de los toros, y en el mundo de los pescado-

res gallegos. Su mujer le dijo un día: «No te afanes más en buscar cuál es el verdadero español, porque el verdadero español eres tú».

Hemingway era un extraordinario amigo de España y conocedor de la realidad española. Al final de su vida, cuando todavía estaba en la plenitud de su fuerza creadora como novelista, que había desarrollado fundamentalmente alrededor del mundo de la fuerza y de los toros, retoma el tema del mar y hace lo que muchos críticos consideran su gran obra: *El viejo y el mar*. Pero aquí podemos descubrir que lo que hay en el fondo son los pescadores que vio en Vigo en 1921, aunque trasladados al Caribe en forma de un pescador que pesca un auténtico monstruo marino, contra el cual lucha de una manera denodada. Es decir, exactamente el mismo mito que él había descubierto en Vigo. La raíz es la misma, pero ahora es más visible; ya no se trata de atunes, sino de un gran monstruo marino, no sabemos exactamente qué, que en lucha desigual es devorado por los tiburones, haciendo inútil su enorme esfuerzo, enfrentándose a la muerte como el fin de un trabajo desigual entre el hombre y la naturaleza.

Muchos críticos han llamado la atención sobre varios hechos. Primero, que el barco en el que sale el viejo pescador al mar se llama «Pilar». Nadie duda de que se trata de un homenaje a la Virgen del Pilar de Zaragoza, de la cual Hemingway era devoto. Además, que el pescador se llama Santiago, y sólo es posible que se llame así en homenaje a Santiago de Compostela en esta obra ya esa tierra que había descubierto en 1921, al llegar a Vigo, camino de Francia.

Por lo tanto, *El viejo y el mar* podemos estar seguros de que tiene una raíz gallega. La devoción de Hemingway por lo gallego, por la otra forma de ser español que él valoraba, como más trágico y diferente, le duró toda la vida. Aparte de esa necesidad, como él le dijo a un amigo, de venir a pescar truchas al río Tambre, uno de los lugares más hermosos del mundo, dice. Y esa devoción que confesaba por Santiago de Compostela, una de las ciudades más hermosas del mundo, dice. En uno de sus últimos libros, cuando llega a África, y contempla determinados paisajes de Kenia dice: Esto me recuerda Galicia.

Tuvo siempre presente a Galicia, que el visitó discretamente, sin que los periódicos detectasen aquí su presencia. Yo tengo la idea de que las

veces que se habló de Hemingway en Galicia fue con motivo de alguna corrida de toros en La Coruña o en Pontevedra, pero nunca del Hemingway que venía calladamente a Santiago de Compostela o a pescar al Tambre.

Lo que he querido hacer hoy aquí es un homenaje a este hombre, que probablemente tuvo una relación de amor intenso con nuestra tierra, sin que nosotros lo supiéramos. Creo que es de justicia contarlo. Yo lo he descubierto por casualidad. Y quiero que todos, al final, sintamos por Hemingway un poco más de cariño, que será también una manera de que lo leamos también ahora con más afecto, si es que no lo leíamos antes así.